

1. Título de la ponencia:

“LA CIENCIA POLÍTICA COLOMBIANA, EN LA ENCRUCIJADA DEL POSITIVISMO Y LA FILOSOFIA POLÍTICA”

2. Nombre del autor: José Enrique Urreste Campo.
Antropólogo y politólogo, Universidad del Cauca. Magister en Gobierno de la Ciudad, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales –Flacso, Ecuador-.
Profesor Programa de Ciencia Política de la Universidad del Cauca (Colombia)
Correo: joseurreste@gmail.com

3. Área temática: Teoría Política

“Trabajo preparado para su presentación en el VI Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Bogotá, Universidad de los Andes, del 25 al 27 de septiembre del 2013”

- 4- Resumen

En el trabajo titulado “la ciencia política colombiana, en la encrucijada del positivismo y la filosofía política”, se indaga por el enfrentamiento no superado en la academia colombiana respecto a la lucha epistemológica que se desarrolló en décadas pasadas en el contexto norteamericano entre el conductismo y la filosofía política, situación que se relaciona con el énfasis interdisciplinar que acogerá la ciencia política que se desarrolla en Colombia, tal y como se rastrea en los currículos y el personal docente que imparte la enseñanza de la disciplina en este país suramericano.

LA CIENCIA POLÍTICA COLOMBIANA, EN LA ENCRUCIJADA DEL POSITIVISMO Y LA FILOSOFÍA POLÍTICA¹.

Diversos autores consideran que lo que se entiende por ciencia política en la actualidad es la disciplina desarrollada en los Estados Unidos después de la “revolución conductista” (Zolo, 2007: 51), Zamitiz (1998: 18), Almond (2001a), Goodins y Klingemann (2001); los últimos afirman que precisamente el hecho de decir que se ha profesionalizado equivale a afirmar que se ha americanizado. Entre sus denominaciones se encuentran la de ciencia política empírica o ciencia política usamericana, la *political science*, tal y como la nombra Puello-Socarrás (2011) quien señala que en ella se continúa con la esperanza de construir una ciencia política desde los modelos de pensamiento clásico moderno (la razón y la lógica) que descansa en el modelo teórico y analítico neoclásico que procede de la teoría económica. En contraste con esta acepción del término elabora el concepto de politología que incluye a la filosofía política. En el presente documento desde una fundamentación epistemológica se presenta el debate que se da entre el conductismo y la filosofía política, el cual aún no se ha superado en Colombia tal y como se desprende del diseño curricular de los diferentes programas de la disciplina existentes en el país.

1.1 CONTEXTO Y ANTECEDENTES DE LA CIENCIA POLÍTICA USAMERICANA

Para Harto de Vera (2005: 26) el origen de la ciencia política en Estados Unidos se presentó entre 1880 y 1920. Se inició en el primer año con Jhon Burgues, quien había sido formado académicamente en Europa, en el país anglosajón fundó la Escuela de Ciencia Política en la Universidad de Columbia con asiento en Nueva York; dicho pensador era influido por la tradición alemana que era de carácter formalista e instituyente, encargándose del estudio de la ciencia del estado desde una óptica jurídica². Se debe tener en cuenta que los Estados Unidos tienden hacia una ciencia política de carácter pragmático, donde se da gran peso al saber con fines prácticos y su aplicación en la consecución de fines productivos. Tan es así que a finales del siglo XIX se la consideraba “*como una materia de gran valor para los hombres capaces pero inútiles, e incluso perjudicial para los hombres más débiles*”, a tal punto que si bien es cierto “*en algunos casos resultaba estimulante y útil; en otros, fomentaba un gusto dañino por la vaga disertación*” (Zamitiz, 1999: 18)³. Ello era contrapuesto a lo que acontecía en el caso de las ciencias naturales las que debido al hecho de los resultados prácticos que entregaban fueron desde sus inicios consideradas en alta estima por el Estado y las demás organizaciones empresariales que se

¹ Documento elaborado por José Enrique Urreste Campo, Politólogo, Antropólogo, Magíster en Gobierno. Profesor del Programa de Ciencia Política de la Universidad del Cauca. jurreste@unicauca.edu.co / joseurreste@gmail.com. Agradezco las sugerencias que para el presente artículo obtuve del Ph.D Santiago Leyva Botero, director del programa de Ciencias Políticas de la EAFIT

² En el caso alemán se usó el nombre de las ciencias del estado para lo que hoy en día se conoce como ciencia política (Foucault, 1990).

³ Si bien es cierto la cita hace referencia a Gran Bretaña Zamitiz (1999: 18) establece que la misma también era aplicable para los Estados Unidos, y en aras de que este capítulo trata sobre el segundo país he preferido darle énfasis en la misma desde este lugar.

beneficiaban con sus resultados (Wallerstein, 2004), (Giraldo, 2007). En el caso de la ciencia política este impase logró remediarse cuando se convirtió en una disciplina afín a los procesos democratizadores que se adelantaron en los Estados Unidos.

En este orden de ideas nos encontramos con los periodos presidenciales de Theodore Roosevelt y de Woodrow Wilson acontecidos al inicio del siglo XX, donde se destaca la cruzada proamericanización que llevaron a cabo (Huntington, 2010: 116). Lo que deseo destacar ahora es que el segundo presidente contaba con un doctorado en ciencia política; según Zamitiz (1999: 19-20) como académico indagaba por las prácticas informales que se dan alrededor de las instituciones, llevando a la disciplina a adquirir un carácter más positivista. Este periodo se caracterizó por la falta de credibilidad que tenían los politólogos hacia la democracia y la educación cívica. En este orden de ideas se puede apreciar el fuerte sesgo elitista que desde sus inicios y hasta la actualidad acompaña a la ciencia política empírica. El autor enfatiza en que bajo su égida se dirigió hacia los temas del liderazgo y las “ciencias de la administración” al servicio del Estado. Para Wilson, la ciencia política debía estudiar las realidades políticas, explicar el cómo y el por qué del comportamiento político.

Siguiendo a Harto de Vera (2005: 27-29), en esta época encontramos la obra “el proceso del gobierno” de Arthur F. Bently, en la que propone estudiar los hechos observables de los fenómenos políticos, por ende ya no se trata de especular, sino de asemejarse a las ciencias naturales. De igual manera busca desplazar el objeto de estudio del Estado al ser humano, enfocándose en el comportamiento de los hombres, ya que el mismo es el que toma carne en la legislación, la administración, la toma de decisiones. Estos elementos van creando el concepto de conductismo (behavior) y proceso. De aquí nacerá la Escuela de Chicago (1920-1940), fundada por Charles E. Merriam, una de cuyas obras es “nuevos aspectos de la política” de 1925, donde aboga por el uso de la estadística, la medición empírica, de igual manera propone el control social inteligente, aspecto que lleva a entrecruzar la política, la medicina y la psiquiatría. Toma como base de sus estudios la actitud, al establecer que el punto de partida del estudio de la política era la psicología. Almond (2001a) señala que de la relación entre la política y los grupos de presión se nutre dicha escuela. Merriam y Gosnell en 1924 realizaron un estudio de actitudes hacia el voto de 6.000 habitantes de Chicago en la elección al alcalde de 1923. Gosnell continuó con el estudio señalado anteriormente y lo trasladó a Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza.

Continuando con Almond (2001a) encuentro que en esta etapa además de estudiar a los grupos de presión se indaga sobre las actividades de lobby. Otros autores y obras representativas de esta concepción son Peter Odegard con “el salón antiamericano” (1928), Pendleton Herring con “grupos de presión y congreso” (1929), Elner Rutherford “American Bar Association” (1937), Oliver Garceau con “Asociación médica Americana” (1941). Se destaca entre ellos Harold Laswell, quien realizó investigaciones sobre psicología política y comunicación política. Son trabajos de corte empírico, marcados por ser indagaciones de corte interdisciplinario que daban gran preponderancia al uso de métodos cuantitativos.

Esta etapa de la ciencia política debe inscribirse en la transición que describe Almond (2001a) de la formación de ciudades que empezaban a ser pobladas por campesinos recién llegados y emigrantes europeos – los cuales como hipótesis de lectura podría agregar que eran procedentes de Europa debido a los estragos causados por la primera guerra mundial-Ellos debían ser captados políticamente, para lo cual se formaron empresarios políticos que contaban con los recursos económicos y académicos para organizarlos y disciplinarlos. De esta forma la ciencia política nació ligada a un proyecto político, enseñar a comportarse democráticamente.

Para el caso de los inmigrantes europeos Huntington (2010: 115-118) establece que los norteamericanos realizaron un trabajo arduo para americanizar a los recién llegados de Europa, fenómeno que se presentó desde antes de la primera guerra mundial y que continuaría unas décadas después de terminada dicha confrontación. Sin embargo se debe aclarar que dicho proceder contaba con una larga trayectoria en la historia estadounidense, tan es así que la aparición del concepto de inmigración coincidió con el de americanización, términos que surgieron en el siglo XVIII, pero que sin embargo se hicieron extremos en el primer periodo indicado. Para cumplir dicho propósito se creó un movimiento social, que generó diversas iniciativas tanto al nivel local, estatal, como nacional, a lo que se sumaron los esfuerzos de las empresas privadas, destacándose el papel que cumplieron las escuelas en pro de la americanización. Dentro de estas organizaciones se destacaron las maquinarias electorales urbanas, las cuales debido al deseo que tenían de captar sus votos, ayudaron a que se establecieran en los Estados Unidos, brindándoles trabajos y ayudas económicas, al igual que aceleraron su ingreso a la ciudadanía y por ende su acceso al voto.

La americanización incluía la enseñanza de los valores democráticos que abanderaba Estados Unidos, los cuales debían ser inculcados a los europeos inmigrantes dado que los mismo procedían de países regidos por monarquías, que tenían poca consideración por la libertad, la igualdad y la democracia. Tan es así que el país del norte consideraba con buen agrado todos los intentos que se dirigían a generar un cambio democrático en Europa (Huntington, 2010: 105). Por ejemplo Jefferson sostenía que los inmigrantes que procedían de sociedades regidas por monarcas absolutos representaban una gran amenaza para los Estados Unidos en tanto traerían consigo los principios políticos monárquicos, sin embargo Huntington (2010: 159) aclara que sus temores eran infundados dado que precisamente llegaban a Norteamérica huyendo del sistema político que padecían en sus países de origen.

Como puedo constatar el proceso de americanización no se presentó solamente en Chicago sino en gran parte de los Estados Unidos como se puede colegir del texto de Huntington citado, él señala que fueron más de treinta estados los que aprobaron leyes en los cuales se creaban programas de americanización; a tal punto que incluso Connecticut fundo un Departamento de Americanización; a nivel del gobierno federal se destaca la Oficina de Naturalización del Departamento de Trabajo y la Oficina de Educación del Departamento del Interior. En el año de 1921 se contaba con 3.526 estados, ciudades y pueblos y comunidades locales que hacían parte de los programas de la Oficina de Naturalización. El éxito de dicho proceso se prueba cuando los inmigrantes y sus descendientes se unieron en

torno a defender los intereses de los Estados Unidos en las guerras que enfrentaron en las siguientes décadas.

Como ya he mencionado uno de las instituciones en ciencia política que se encargó de este tema fue la de la Escuela de Chicago, proceso que corrió paralelo con el presentando en esta misma época por la Escuela de Chicago de corte sociológico, que de igual manera se centraba en el estudio de los denominados *desviados*, -la cursiva es mía-. Los desviados eran precisamente en su primera acepción las personas que procedían de Europa, seres humanos que debían ser encauzados en el orden imperante en los Estados Unidos. Por ende se realizaban investigaciones sobre ellos desde un punto de vista práctico en tanto se trataba de generar un saber aplicado que buscaba su integración al naciente estilo de vida norteamericano, en este orden de ideas era una sociología que favorecía el cambio social para facilitar el disciplinamiento social de los seres humanos que rehusaban u obstaculizaban la seguridad del bienestar normativo. Desde esta óptica investigativa el desviado era portador de los rasgos del malestar social al no integrarse a la sociedad norteamericana, por ende los infractores del orden establecido eran desviados, personas que no se comportaban normalmente, el asaltante, el estafador, la prostituta, el miembro de una banda juvenil, el drogadicto, en general todos aquellos que tenían como atributo característico el ser pobres, el ser miembro de una clase peligrosa, aquella compuesta por los desempleados, los vagabundos, los pordioseros, todos los cuales eran representados en los medios de comunicación que se decantaba en la construcción del pánico moral en relación directa con el crecimiento de las ciudades norteamericanas en las primeras décadas del siglo XX (Cajas, 2009: 51- 53). Como se puede apreciar entonces la ciencia política fungía junto con otras disciplinas sociales como un saber con una meta específica, la de encauzar la vida de las personas en el estilo de vida norteamericano.

Este es el periodo del péndulo behaviorista, caracterizado por el hecho de que la ciencia tecno-descriptiva que se profesaba al principio fue recibida parcialmente y con dificultad en ciertas facultades. Sin embargo con el paso del tiempo la misma fue ganando más adeptos, quienes dieron inicio a la xenofobia disciplinar, que en palabras de Laswell (1963, citado en Zamitiz, 1999: 21) permitió que se empezara a usar las siguientes palabras contra los filósofos:

-“si realmente valéis para algo, debéis valer lo suficiente para conseguir un cargo en un departamento normal de filosofía”.

Lo mismo se esgrimía contra los especialistas de derecho público,

-“que se vayan a la facultad de derecho”⁴.

⁴ Llama la atención la anotación que hiciera Wallerstein (2004) de que la ciencia política para diferenciarse del derecho que también tenía como uno de sus objetos de estudio las instituciones políticas acudió a la filosofía política para legitimarse como un área de conocimiento particular. Filosofía política que en el ascenso del behaviorismo pretende desechar, constituyendo en una paradoja, ya que primero la usa para separarse de la disciplina jurídica y luego pretenderá desconocerla para legitimarse como científica.

De dicha xenofobia disciplinar me interesa desarrollar el tema respecto a la filosofía política, dado que el behaviorismo, lo que hará al pretender edificar una ciencia política científica será desechar de su patrimonio sus aportes, para tal fin retomó los aportes del neopositivismo de Popper.

1.2 USOS Y ABUSOS DEL NEOPOSITIVISMO EN LA CIENCIA POLÍTICA USAMERICANA, SUS CRÍTICAS Y SUS CONSECUENCIAS

El austriaco Popper se constituye en uno de los mayores críticos del positivismo lógico. Sus críticas se rastrean en los planteamientos que desarrollo en el artículo titulado “la ciencia: conjeturas y refutaciones” (1989) donde reseña el estado de la cuestión de sus reflexiones hasta la década de 1950. Para ello elabora, entre otros temas, el de las pseudociencias, en aras a ilustrar su postura sobre las mismas toma tres ejemplos. 1) la sociología de Adler, 2) la teoría de la historia de Marx, 3) la teoría del psicoanálisis de Freud. De estas ilustraciones voy a desarrollar las críticas que elabora sobre el marxismo y que se encuentra más explícita en su libro “La sociedad y sus enemigos” (1984), donde considera que lo que hace Marx no es predecir sino profetizar, una profecía que no se convirtió en realidad como quedo demostrado en el caso soviético⁵. Para Popper (1989) estas ciencias sociales adquieren la forma de pseudociencias basadas en las figuras míticas de sus fundadores. Ahora bien se debe tener en cuenta que él conceptualizaba sus planteamientos desde la unificación de la ciencia, ya que establece que hay un solo modelo de la ciencia y es el de la física, la cual le sirve como modelo de análisis (Popper, 1980).

Popper argumentaba que los planteamientos de las figuras míticas tienen un gran poder explicativo, ya que con ellos se explica todo lo social, a tal punto que aquí el no iniciado que por primera vez los estudia lo único que hace es comprobar que lo que ellos dicen es verdad. Si bien es cierto para él los planteamientos de Marx hacen referencia a una pseudociencia, particularmente estaría de acuerdo con sus cuestionamientos desde el modelo de las ciencias naturales, pero no desde la lógica de las ciencias sociales que se basan en la búsqueda de marcos interpretativos. Sin embargo sobre lo que quiero llamar la atención es sobre el hecho de que a pesar de sus consideraciones el behaviorismo tomara sus postulados para legitimarse como una ciencia. Como hipótesis de lectura puedo esgrimir que tal opción se deba al hecho de que precisamente el behaviorismo al catalogarse como la escuela que inscribe a la ciencia política en el camino de la ciencia intentara borrar todo lo que le antecedió, entre ellos los precursores de la ciencia política, los cuales precisamente serán recuperados por aquellos politólogos que consideran que todo este patrimonio heredado también hace parte de la disciplina como ilustraré en páginas posteriores.

En la ciencia política el behaviorismo que va de 1945 a 1960 retomara de Popper los siguientes postulados: el establecimiento de regularidades dado que se establece que en la conducta política es posible encontrar uniformidades expresables en generalizaciones o teorías con valor explicativo y predictivo. La verificación que se debe dar con referencia a

⁵ Sin embargo para autores como Jeffrey (1996) la importancia de Marx no se debe al hecho de que su propuesta se cumpliera o no, sino a que fue capaz de describir como ninguno de sus contemporáneos lo hizo las consecuencias sociales que el capitalismo estaba produciendo.

una conducta relevante. El uso de técnicas para recoger e interpretar datos que conducen al proceso de la cuantificación. Se propugna por la separación de los valores en aras a crear un conocimiento objetivo haciendo énfasis en la ciencia pura. Finalmente se menciona que la ciencia política debe incorporar a las demás ciencias sociales para lograr un estudio completo de la política (Easton, 1969a: 24-25).

Este programa de investigación en palabras de otros autores, señala la verificación empírica por medio del uso de los modelos estadísticos que se dan con el uso de las técnicas cuantitativas; con ello se busca que los métodos del behaviorismo se asemejen a los de las ciencias naturales. Así se introdujo dentro de la disciplina el uso de una amplia gama de técnicas empíricas, tales como el empleo de cuestionarios, entrevistas, muestreos, regresiones, análisis factoriales, modelos racionales, etcétera (Harto de Vera, 2005: 73-86), (Zamitz, 1999: 26) (Cansino, 1999: 28). El primer autor continúa señalando que además de proponer el uso de la falsación, propugna por la separación de los juicios y de los hechos, lo que conduce a la objetividad científica del investigador, de igual manera posee una teoría orientada empíricamente que trata de explicar y de ser posible predecir el comportamiento político y la manera en que funcionan las instituciones políticas. Así mismo se reconoce la diferencia entre la ciencia pura que comprende/explica, y la ciencia aplicada que soluciona problemas, en tal sentido la ciencia política se centra en solucionar problemas de investigación científica; la teoría guía la observación y el análisis; las hipótesis políticas se testan en el sistema político (Harto de Vera, 2005), (Zolo, 2007: 55-57). Así mismo (Pasquino, 1988) llama la atención de que todos estos elementos creaban la ilusión de estar edificando una ciencia pura.

El contexto en el que se desenvuelve la revolución behaviorista es el periodo de entreguerras de la primera y la segunda guerra mundial. Ello llevo a que naciera ligada a resolver problemas militares y sociales. En el primer caso se trataba de hacer atractivo la venta de bonos de guerra, el proceso de reintegración de los soldados, el uso de técnicas para levantar la moral de los soldados, la manera en que se percibía al aliado o al enemigo. Ejemplo de ello es Laswell quien hizo un estudio cuantitativo para hacer un recetario de cómo controlar la propaganda extranjera (Harto de Vera, 2005). En el caso de los problemas sociales se encontraban el control de la inflación, el proceso de adiestramiento de trabajadores agrícolas para volverlos trabajadores industriales (Almond, 2001a). En el último caso retomando a Huntington (2010: 116) encuentro que en dicha época las empresas industriales ante la necesidad de mano de obra inmigrante fundaron escuelas al interior de sus factorías para americanizar a los recién llegados –es decir enseñarles los valores americanos-. De igual forma constata que en las ciudades con población inmigrante las cámaras de comercio contaban con programas de americanización. En este proceso se destacaba Henry Ford quien en su tares de transformarlos en trabajadores productivos decía que “a estos hombres que vienen de tantas naciones hay que enseñarles los usos norteamericanos, la lengua inglesa y el modo de vida correcto” (Ford, citado en Huntington, 2010: 116). Se debe tener en cuenta que los empresarios de la era progresista más allá de asimilarlos como estadounidenses también pretendían con su proceder inmunizarlos contra el sindicalismo y el socialismo.

Debe tenerse en cuenta que la ciencia política usamericana venía reemplazando a la ciencia política europea desde la primera guerra mundial, Almond (2001a) sostiene que esta situación se profundizara con la segunda guerra mundial, dado que antes de la misma los estadounidenses de preferencia se formaban en las universidades europeas, esto cambiara después de su triunfo en dicha confrontación; situación que es explicable cuando se tiene en cuenta que posterior a la guerra Europa quedó estancada durante una década. Los exiliados europeos comenzaron a enseñar en las universidades norteamericanas⁶, sin embargo el avance del behaviorismo llevó a que sus planteamientos fueran marginales en la disciplina, a tal punto que al tener una fuerte impronta filosófica fueron cuestionados por los cultores de la ciencia política empírica calificándolos como no científicos.

Frente a los cultores de la teoría política que tenía una fuerte connotación filosófica el conductismo propugna por la edificación de teorías empíricas, es así como para ellos el análisis sistémico se ubica como un enfoque que sirve de marco de referencia para la edificación de dichas teorías (Easton, 1969a: 20). Entre las que nombra el mismo Easton (1969a: 41-43) la teoría de la toma de decisiones con la cual las votaciones dejaron de ser un ritual democrático y se convirtieron en la indagación sobre un tipo particular de decisión que los seres humanos adoptan dependiendo de varias variables, entre ellas el mercado económico, el ser miembros de comités; de igual forma el estudio de la formulación de las políticas públicas; y el estudio decisional en el ámbito internacional. También cabe resaltar las elaboraciones conceptuales sobre los grupos de Truman, y de Deutsch su estructura conceptual en torno al mensaje y sus redes como unidad principal para un análisis que lleve a una teoría de las comunicaciones políticas.

Cabe entonces destacar que para los cultores de la ciencia política moderna el objeto que le permitió lograr su autonomía⁷ fue el de sistema político⁸. Con dicha unidad de análisis⁹ la

⁶ Y al mismo tiempo que los europeos empezaron a enseñar en los Estados Unidos, con el Plan Marshall los intelectuales norteamericanos viajaron a Europa a difundir los enfoques empíricos y cuantitativos que se habían desarrollado en la denominada revolución conductista, el behaviorismo. Esta visión de la ciencia empírica terminó por imponerse en Europa y luego en el resto del globo, tal y como afirma Almond (2001a).

⁷ La autonomía hace referencia al status científico, es decir el interrogante sobre saber si se ha logrado obtener el <monopolio> del discurso científico sobre lo político, por lo cual se le reconoce como separada de otras disciplinas que estudian lo político, tales como la filosofía política, la historia, etcétera. Las regiones donde se ha logrado dicha pretensión son los Estados Unidos, Canadá, Italia, Inglaterra, Alemania y Francia, los mismos generan el 90% de la producción mundial de la disciplina. En referencia a América Latina no se practica una ciencia política científica, exceptuando México, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay donde aún se sigue discutiendo tanto su cientificidad como su monopolio sobre su objeto de estudio; esta situación se reproduce en Israel, Japón, India y Australia. La situación de nuestra región se repite en Medio Oriente y Asia (Cansino, 1999: 20-22). El autor afirma en páginas posteriores que en América Latina el peso marcado del materialismo histórico llevó a que la ciencia política perdiera su rumbo como resultado de la interdisciplinariedad, por lo que temas como el poder y el Estado se redujeron a factores secundarios y dependientes de aspectos socioeconómicos (Cansino, 1999: 26). En este orden de ideas se inscribe Beyme (2001: 761), para quien en la década de los noventa se presentó una paradoja, consistente en que los politólogos empíricos de Europa buscaron en América nuevos instrumentos analíticos, sin embargo lo que hallaron fue un gran escepticismo hacia la disciplina que ellos profesan.

⁸ Para Mejía (2006: 39-40) el enfoque que sin embargo le permitió a la ciencia política alcanzar su autonomía, reclamando su especificidad epistémica fue el actor racional, ello permitió que la ciencia política se declarara como independiente, pero al precio de caer en las garras del positivismo. Almond (1999) la

ciencia política va más allá del poder, ya que se debe recordar que existe poder económico, social, psicológico, de igual manera existen alianzas, coaliciones, por ende existe el poder político. De igual forma el sistema político trasciende el estado dado que se lo incluye al igual que al poder político cuando se realizan desde ellos asignaciones imperativas de valores (Cansino, 2007: 17). Es así como para Easton (1969a: 85) el sistema político donde vivimos es el Estado.

El concepto del sistema es formulado en primera instancia por Parsons para el campo de la sociología, situación que será retomada por Easton para la ciencia política quien elabora la teoría política desde el sistema político (Mejía, 2006). Easton (1969a: 31-32) se refiere de manera anecdótica al proceso que se presentó para que las ciencias sociales pasaran a llamarse entre 1959 y 1960 ciencias conductualistas. Es así como menciona que en el 79° periodo de sesiones del Congreso de los Estados Unidos, un comité del senado se encargó de edificar una fundación científica de carácter nacional para el impulso de las ciencias; en el caso de las sociales los senadores –tal vez por error o de forma deliberada- asociaban ciencias sociales con *ciencias socialistas* –la cursiva es mía-, por lo cual para evitar dicho impase se prefirió el termino de “ciencias conductualistas”. Este fue el nombre que retomo la Fundación Ford para su sección que propendía por impulsar la pesquisas científicas. Dentro de estas se destacaban la que Easton denominaba como de núcleo sólido: la antropología, la psicología y la sociología.

La antropología tenía como unidad de análisis la función, la psicología la decisión, la sociología la acción, para la ciencia política Easton (1969a: 36) propondrá el análisis sistémico, a partir del cual cabria construir teorías empíricas que permitieran comprender la conducta humana en sus aspectos políticos.

Para Easton (1969a) la vida política se describe como un conjunto de interacciones sociales entre seres humanos y grupos, por ende dichas interrelaciones se constituyen en la unidad básica del análisis, las cuales se dirigen predominantemente hacia la asignación autoritaria u obligatoria de valores para una sociedad. Para dicho fin se parte de la premisa de que la asignación de valores es autoritaria en tanto en la sociedad se presenta escasez de cosas valoradas por lo cual no se puede atender a todos los individuos o grupos sociales, entonces se hace necesario que el gobierno, los dirigentes, las autoridades, los jefes y ancianos del clan, en tanto detentan la autoridad que les es reconocida por la sociedad, determinan que demandas sociales se van a satisfacer –aunque se debe hacer la aclaración de que no siempre se satisface a toda la sociedad sino a ciertos grupos-. Las demandas son canalizadas por individuos, grupos de interés, partidos políticos, líderes de opinión, medios

caracteriza como una metáfora económica, describiendo su inutilidad, por lo cual promulga por recuperar de nuevo las metáforas olvidadas para obtener una visión verdaderamente integral de los fenómenos políticos.

⁹ Es llamativo el hecho de que a diferencia de las demás ciencias sociales que cuentan con una unidad de análisis, -la historia el pasado, la sociología la sociedad, la antropología la cultura, la economía los procesos económicos,- la ciencia política cuente con tres unidades de análisis: el estados, el sistema político y el poder (Harto de Vera, 2005), a la que Mejía (2006) le agrega una cuarta, la democracia. Ello es problemático en la medida en que no permite contar con un objeto predilecto por la disciplina y por ende en su seno se van a presentar diversas corrientes que en su proceso de constitución van a privilegiar una unidad de análisis en desmedro de las otras.

masivos de comunicación los cuales para presentarlas requieren del apoyo del grupo de los miembros del sistema político. Ahora bien la forma en que se satisfacen dicha demandas que Easton denomina como productos pueden tomar la forma de políticas públicas, actos jurídicos, resoluciones y acciones administrativas, decretos, reglamentos, el consenso informal de un consejo de clan, favores y beneficios que irradian de las autoridades, y otras medidas políticas formuladas por las autoridades públicas. Luego de este proceso viene la retroalimentación, la cual en “categorías para el análisis político” (1969b: 228-229) desarrolla cabalmente; las autoridades al ser las encargadas de elaborar los productos, o de servir de canales para que se satisfagan las demandas, necesitan de retroalimentación de información relativa a los efectos que producen los productos, de no ser así las autoridades seguirían un curso de acción a ciegas.

La retroalimentación es vital cuando se considera que una de las inquietudes del análisis sistémico propuesto por Easton es el de la permanencia de los sistemas políticos, proceso que requiere tener siempre presente que la tensión que se ejerce sobre el mismo puede provenir de la disminución del apoyo, para evitarlo se hace necesario poseer la información sobre los efectos que están generando los productos y así poder mejorarlos, al igual que sobre los miembros del sistema en aras a canalizar su apoyo hacia las autoridades o hacia el mismo sistema político. El ciclo de la retroalimentación cuenta de varias fases: elaboración de los productos, respuestas de los miembros a ellos, comunicación a las autoridades de su reacción ante los productos, respuesta de las autoridades en base a dicha información. Si bien es cierto el análisis sistémico propuesto por Easton se emplea para el estudio de cualquier organización política enfatiza en que en las sociedades modernizadas se cuenta con élites políticas bien definidas, quienes al tener sus medios de vida asegurados bien sea porque cuentan con suficiente bienes patrimoniales o por la remuneración por su trabajo especializado se pueden dedicar con exclusividad a atender las demandas del sistema político y a que el mismo logre coronar los objetivos que se ha propuesto (Easton, 1969b: 129).

El desarrollo del behaviorismo estuvo influido por las siguientes actitudes de la cultura norteamericana, el pragmatismo, el realismo, la confianza en la ciencia. Dicha escuela brindo de un nuevo método para estudiar el comportamiento político de los seres humanos ante determinadas situaciones, tales como el estudio de las actitudes y sus predisposiciones políticas, y de preferencia la investigación sobre el comportamiento de los votantes (Dahl 1946: 85-107, citado en Zamitiz, 1999: 21).

Este periodo estuvo en sus inicios fuertemente influido por el temor que despertaba la consolidación del comunismo en Rusia y Europa (Zamitiz, 1999: 20). De igual manera se debe tener en cuenta que el contexto en el que se desarrolla el behaviorismo es el del estado de bienestar, en especial el periodo marcado por el Macartismo Social, lo que significo una cacería de brujas de las personas que estaban en contra del establecimiento; Harto de Vera (2005: 30) escribe que se presentó la persecución de los reformadores sociales, dando como resultado un retroceso en la crítica social, lo que desembocó en que los investigadores sociales se alejaran de los problemas sociales. Tal y como establece Gouldner (1970), esta situación se radicaliza con el proceso de profesionalización, ya que dicho proceso implicaba que se debía seleccionar que enseñar, es decir que se hizo una

distinción entre las obras acertadas y las erróneas, esto llevo a que se disminuya el espesor crítico de las mismas al escoger unas en detrimento de otras. La escogencia de las obras seleccionadas se llevo a cabo mediante la convergencia realizada mediante criterios establecidos de antemano, proceder que permitió la edificación del consenso intelectual. De esta manera se favoreció a quien quisiera convertirse en profesional o técnico en desmedro de la intelectualidad. La situación que señala Gouldner para el caso de la sociología se reproduce en el seno de la ciencia política en la década de los cincuenta con la emergencia del Macartismo, la crítica se tildaría de roja, y por ende el lado crítico de la ciencia política paso a ser cuestionada. Por lo tanto se tendió a edificar una disciplina alejada de lo social y de carácter pragmático (Harto de Vera, 2005: 30). Así lo reconocería el mismo Easton en un ejercicio de autocrítica llevado a cabo en 1985 titulado “Ciencia Política en los Estados Unidos. Pasado y Presente” (citado en Zolo, 2007: 62.63) donde señalaba que la supuesta neutralidad del investigador iba acorde con el mito del fin de las ideologías, que lo que escondía detrás era la ideología democrático-conservadora de los Estados Unidos. Enfatizaba que la ciencia política empirica logro su predominio gracias a la persecución que se les hizo a los liberales y los disidentes durante la época del macartismo social. Además se legitimo una ciencia política que en el plano teórico presentaba un profundo desinterés por los problemas sociales y por la crítica política, lo que ofrecía a los politólogos una zona franca para alejarse de los peligros que representaba el choque político e ideológico. Por ende lo que se constituyó con el paso de los años paradójicamente fue una ciencia política que se alejaba de las problemáticas sociales, lo que desemboco en que la misma se constituyera en un saber legitimador del status quo.

Hasta el momento más que describir las diversas variantes del behaviorismo lo que me ha interesado es señalar el contexto en el que se produce para entender la lucha epistemológica que entablará contra la teoría normativa que posee un fuerte componente de filosofía política.

De todas las críticas que va a sufrir el behaviorismo me interesa resaltar las que se darán en su propio seno, para ello retomo los planteamientos que presenta Harto de Vera (2005: 32), los cuales se desarrollan desde la década de los sesenta, en medio de la contracultura que se enfrenta al establecimiento. A ello se le agrega el surgimiento de los problemas sociales, ecológicos, los efectos de la industrialización, el descubrimiento de la pobreza, la discriminación racial y sexual, a tal punto que afirman Jurkin y Wolfe, fundadores de “La Causa Por Una Nueva Ciencia Política” que la misma había estado aislada en una torre de marfil, ajena a los verdaderos y acuciantes problemas”. Si bien es cierto dicho movimiento proviene de la izquierda, la misma desemboca en una autocrítica por parte de los cultores del enfoque de la ciencia política empirica, entre ellos Almond y Lindblom, inaugurando la que Zolo (2007: 54) denomina la década del desencanto que iría de 1965 a 1975, la cual finaliza con la publicación de *the tragedy of political science*, y con “*political science in the United States. Past and Present*” del mismo David Easton al que ya he hecho referencia, textos en los cuales la ciencia política empirica se autocrítica a sí misma. Por el momento siguiendo con Harto de Vera “la causa por una nueva ciencia política” propondrá las siguientes reformas al behaviorismo: atacaba la supuesta ausencia de valores, la neutralidad, por el contrario el CNPS proponía una ciencia política al servicio de lo social, más que ser un instrumento de las elites dominantes. Enfatizaba en que no se debía

comparar al ser humano con los objetos de investigación de las ciencias naturales. De igual manera reconocían que la ideología no había terminado como establecía el behaviorismo, ya que hacerlo era legitimar el status quo. Se dio un ataque frontal al positivismo, criticando el excesivo empirismo en que cayó el behaviorismo. Se llamo la atención sobre el hecho de que la ciencia política al interesarse en las instituciones y el comportamiento político había descuidado otras áreas de estudio. Hacían un recordatorio sobre el hecho de que el objeto central de la ciencia política es el poder, a contrapelo de sus otras unidades de análisis, a saber el Estado y el sistema político. Finalmente encuentro que también defendían el uso de la historia y de la filosofía política.

Se debe recordar que dicha actitud se encontraba en paralelo con la crisis que se sucede en las ciencias sociales en los inicios de los setenta cuando las evaluaciones que se hacen sobre el desarrollo logaran demostrar que el mismo no se había alcanzado, propósito que era impulsado por el Estado y donde las ciencias sociales jugaban un papel fundamental al generar el conocimiento sobre el aspecto de lo humano a intervenir por las practicas desarrollistas, tal y como lo reseña Wallerstein (2004), y que como hipótesis de lectura personal puede ser más crucial en el caso de la ciencia política, lo que desdibuja al Estado como su unidad de análisis privilegiada, implicando nuevas vías analíticas. Para Harto de Vera las críticas mencionadas implican indagar sobre los problemas políticos del momento y hacen caer en cuenta que la práctica de la disciplina deber hacerse reflexionando epistemológicamente.

Entre otras críticas a la ciencia política empirica cabe reseñar las de Partridge (1961), Berlin (1962), Plamenatz (1967). Almond (1977) (citados en Zolo, 2007: 54). Sin embargo de ellas me interesa reseñar la del último autor, dado que una de las críticas más duras al enfoque positivista de la ciencia política empirica la elaboró precisamente un inicial convencido de las virtudes del empirismo en la ciencia política, Almond (2001b) quien elaboro su artículo “nubes, relojes y el estudio de la política” en 1977 en la época de cuestionamiento de las promesas del behaviorismo, es decir la de aquella que consideraba crear una ciencia política científica.

Cabe recordar que en 1953 Easton se levanto en contra de la tradición predominante en ese momento en la ciencia política que descansaba en estudios ideográficos, descriptivos, no acumulativos y de carácter institucional. En lugar de descripciones abogaba por explicaciones tendientes a la generalización, dado que ellos era lo que nos permitiría justificarnos como científicos. Easton no estaba sólo en este propósito sino toda una generación, entre ellos Scarrow, Conway, Feigert, Przeworski y Teune. Lo que se buscaba era establecer regularidades en los procesos políticos, se pretendía explicar –determinar causas-efectos-para predecir. A pesar de este propósito que los animaba, Almond (2001b:80) sostendría que es difícil explicar en ciencia política, es decir hallar relaciones de causa y efecto, algo que si se puede establecer en las ciencias exactas en donde las variables no cambian, en tanto que las variables con las que se enfrentan los politólogos no permanecen estáticas, son cambiantes, reconocía que en este campo de estudio nada permanece constante. “Sin embargo muchos politólogos se empeñan en hacer análisis de fenómenos políticos según las nociones de causa y efecto. Como resultado de ello tenemos una rara mezcla de conceptos y materia empirica inconexa” (Almond, 2001b: 80-81). En el

caso del comportamiento político encontró que los factores que intervienen en el mismo no son reducibles a mecanismos explicativos que se reducen a modelos de causa y efecto como los de los relojes, dado que los seres humanos y las organizaciones humanas tienen comportamientos variables. En este orden de ideas pensar que el comportamiento político se puede reducir a un mecanismo de reloj es tergiversar la realidad, situación que lleva a que sea muy difícil hallar regularidades políticas, las que encuentran los politólogos son de corta vida, son regularidades flexibles, forman parte de la historia, por ende estamos ante la flexibilidad de las teorías políticas y su relación con factores históricos. Para indagar sobre dicha situación Almond demuestra la debilidad que contienen las teorías del comportamiento electoral, la teoría de la socialización, la relación entre la política y la administración pública, y la teoría de la movilización social.

Lo llamativo es que estas teorías se venía elaborando en un momento en el cual él mismo Popper empezaba a sostener que la explicación era sólo aplicable a algo repetitivo, pero no era parte constitutivo de un comportamiento humano racional. Afirmaba que “lo que queremos es entender cómo cosas no físicas como los propósitos, deliberaciones, planes, decisiones, teorías, intenciones y valores, pueden contribuir para provocar cambios físicos en el mundo físico” (Popper, 1972: 226, citado en Almond, 2001b: 65). A pesar de sus esfuerzos, concluye sentenciando que los modelos de explicación de las ciencias físicas no permiten aprehender los fenómenos humanos y culturales, es decir que no es posible explicar el comportamiento humano, por ende no hay una ciencia de lo humano.

De igual manera Ricci en “la tragedia de la ciencia política” de 1984 (citado en Zolo, 1987: 62) señalaba que las críticas de Almond y el mismo Easton habían dejado a la ciencia política empírica en un mundo incierto, a tal punto que se empieza a dudar de que la misma fuera capaz de producir un conocimiento político científico, dicho empeño había llevado a que el politólogo se desviara de los temas políticos neurálgicos de la sociedad en que vive, tales como el cuestionamientos sobre las instituciones democráticas, dado que este tema no puede ser abordado cabalmente desde la supuesta neutralidad de los empiristas.

En cuanto a las críticas del propio Easton cabe destacar que reflexionaba sobre el hecho de que el fracaso de la ciencia política empírica estaba en que no fue capaz de anticipar las transformaciones políticas de los Estados Unidos, a lo que se suma su incapacidad de previsión social y al descuido de las variables históricas, además de asumir las virtudes metodológicas del neopositivismo como un dogma, y de engañarse con la pretendida neutralidad de la ciencia. Por lo cual sostenía que epistemológicamente las pesquisas de la ciencia política debían evaluarse como satisfactorias si desentrañaban las razones posibles, así no fueran rigurosas del comportamiento político, sin abandonar lo empírico, pero no necesariamente fundándose sobre ello en cuanto a la verificación o falsación (Easton, 1985: 118, citado en Zolo, 2007: 63-64). En este orden de ideas abogaba por una <<etapa poscomportamentista>>, donde se colocaran en tela de juicio los enfoques prevaletientes de la ciencia política empírica, que diera cabida a una amplia gama de enfoques teóricos y metodológicos (Cansino, 1999: 25, 28).

De igual manera Almond y Powell (citados en Pasquino, 1988) enfatizaban que el estudio del sistema político hacia el final de la década de los cincuenta se había convertido en provincial, ya que solo indagaba sobre el sistema político de las grandes democracias

europas (Inglaterra, Francia, Alemania, URSS) y los Estados Unidos. Y a partir de aquí se tasaba el resto de las democracias del mundo. Así mismo se caracterizaban por ser trabajos de carácter descriptivo que casi no usaban elaboraciones teóricas. Acusaban el que dichas investigaciones cayeron en el carácter formal, ya que analizaban la forma de las instituciones pero no indagaban por su real funcionamiento. En este orden de exposición la conclusión a la que llegan era que la ciencia política era provincial, descriptiva y formal, por lo cual propondrían direccionarla hacia la política comparada y el desarrollo político. El desarrollo político estudia la manera como se formaron los sistemas políticos, indagación que como hipótesis de lectura se podría entender al considerar que a diferencia de los estados europeos, los Estados Unidos nacieron sin pasado feudal¹⁰.

En este orden de ideas como señale en páginas previas Easton presentaba cierta predilección por las sociedades modernizadoras, a las que podría agregar ahora que son de carácter democrático. Escribe que:

Es fundamental tener presente la distinción que intento establecer entre la persistencia de un tipo de sistema como la democracia, y la de todos y cada uno de los sistemas. Es fácil deslizarse del nivel general al de tipo, es decir, de todos y cada uno de los sistemas a un tipo especial como la democracia, por ejemplo. Cuesta en verdad resistir la tentación de bajar a un nivel inferior al de la generalidad, porque en sus elucubraciones sobre la vida política, la ciencia política se interesó por lo común en las condiciones para la supervivencia de sistemas democráticos de diversos subtipos, y para la eliminación o autodestrucción de sistemas dictatoriales o no democráticos, de subtipos igualmente variables. Así *debería* ser desde un punto de vista orientado a la acción política y según muchas otras consideraciones de carácter ético (Easton, 1969a: 140-141).

En la anterior cita la cursiva en “debería” es mía dado que indica hacia donde se dirige la ciencia política usamericana; la legitimación de la carrera democratizadora que desarrolla Estados Unidos en los países no democráticos ó que no se comportan según los estándares de democracia que ellos establecen, a tal punto que de ser necesario hará uso de la fuerza para imponer dicho sistema político como aconteció durante el siglo XIX, el XX, y los inicios del nuevo milenio.

Es así como el autor referenciado señala que el contacto que tuvieron las organizaciones tribales con Occidente llevo a que se presentaran demandas por obtener los medios materiales que ellos tenían –tanto a nivel de bienes como de los ideales occidentales de democracia y administración-, lo que coloca una gran carga sobre las formas tradicionales tribales que las mismas no podrían soportar, por lo que se hacía necesario un proceso de cambio cultural –en mis palabras- en aras a fomentar políticas de desarrollo económico en

¹⁰ A pesar de estas críticas Pasquino (1988) anota que el sistema político si salió de su provincialismo de ser solamente usado en el análisis de los estados, ya que la metodología que le subyace se aplica actualmente en el estudio de subsistemas políticos, tales como los partidos, los sindicatos, las burocracias.

las naciones en vías de desarrollo (Easton, 1969a: 160-161), en las que a nivel político es fundamental el cambio hacia los regímenes democráticos.

Por ende constatamos que la ciencia política no escapó a la tentación de tomar como medidor de los otros sistemas políticos a la democracia, es así como otro de los grandes teóricos de la ciencia política usamericana, Sartori, precisamente se aferraba a edificar un concepto empírico de democracia, cometido que no logro, y que lleva a que uno de los casos más recientes de desilusión con la ciencia política empírica se presentó por parte precisamente de él, uno de sus fundadores, el politólogo más famosos del mundo, quien sostendría que la ciencia política que él ayudo a construir ha perdido su rumbo, y por ende en la actualidad camina con pies de barro, ya que al abalanzarse hacia los métodos cuantitativos y lógico-deductivos para lograr demostrar hipótesis cada vez más irrelevantes elaboradas para entender la política, paradójicamente en vez de lograr la cientificidad lo que obtuvo fue perderse en su camino, por lo cual la misma se ha convertido en un elefante blanco enorme, lleno de datos, pero sin ideas, por lo contrario está compuesta de saberes inútiles que no le permiten acercarse a la complejidad del mundo político (Sartori, citado en Cansino, 2007: 13).

Se debe hacer la aclaración de que Sartori se está refiriendo a la ciencia política empírica, comparativa, sumamente especializada y formalizada, por ende su balance es un mea culpa de dicha vertiente de la disciplina. No todos aceptaron con beneplácito sus críticas, así para Joseph M. Glomer la misma se encuentra repleta de salud, es científica y rígida, a tal punto que ha logrado devaluar a los filósofos políticos por ser altamente especulativos, tales como Maquiavelo o Montesquieu, a quienes considera como precientíficos (Cansino, 2007: 14). Por el contrario la vertiente de la teoría política normativa retoma el patrimonio de los filósofos para incorporarlo al patrimonio de la ciencia política, para analizar dicha situación retomo el uso que del concepto de paradigma elaborado por Kuhn se realizara en la disciplina.

1.3. LA TEORIA POLITICA NORMATIVA

Para los cultores de la ciencia política empírica el primer paradigma de la disciplina será el del behaviorismo, a tal punto que haciendo un símil con Kuhn argumentaran su irrupción como la revolución conductista, entre ellos Truman y Almond (citados en Harto de Vera, 2005: 98-99). Sin embargo sobre lo que deseo llamar la atención es sobre el otro uso que hará Wolin de dicho epistemólogo y que se encuentra reseñado en Harto de Vera (2005). Es de destacar que no se encontraba solo, dado que el movimiento de “rebelión contra el positivismo” unió a varios académicos que en su enfrentamiento contra el empirismo en la ciencia política tomaron como eje central los planteamientos de Thomas Kuhn, entre ellos Alasdair McIntyre (1972, 1983), Alan Ryan (1972), Charles Taylor (1967, 1983) y John Dunn (1985) (citados en Zolo, 2007: 54-55). Sus planteamientos los ilustro desde el caso de Wolin; a diferencia de Truman y Almond, propone que se debe considerar los desarrollos conceptuales precedentes al behaviorismo como un paradigma. En tal sentido argumenta que cada autor relevante en la historia de la disciplina es un autor-paradigma, comenzando por los clásicos griegos. Son paradigmas en tanto cada uno de estos pensadores generó una nueva visión de lo que entendemos como política, es así como cada

autor mediante sus elaboraciones teóricas define lo que se debe investigar, generando su método de indagación.

Sobre estos autores-paradigma elaboran científicos menores, por lo que según la terminología elaborada por Kuhn se pueden considerar como trabajadores paradigmáticos que se encargaran de resolver los acertijos, los enigmas irresueltos que ellos dejaron por resolver, por ende ellos trabajan dentro del ámbito de la ciencia normal.

Ahora bien a partir de estas dos posturas la pregunta que surge inevitablemente es ¿el por qué de este uso tan variopinto de la propuesta epistemológica de Kuhn en el seno de la ciencia política?, ya que como hemos reseñado cada uno de ellos, Truman, Almond, Wolin, lo que hacen es legitimar sus posturas desde la propuesta de dicho epistemólogo. Harto de Vera (2005) afirma que el mismo Kuhn tiene responsabilidad en el uso tan disímil que se hace de su concepto de paradigma, empezando en el hecho de que en su libro presenta diversas definiciones del mismo. Otro punto a considerar es que conceptualiza su concepto en referencia a las ciencias naturales, por lo cual su uso es bastante problemático en el caso de las ciencias sociales. Aquí se debe tener en cuenta que Kuhn pasó un año de investigación trabajando con una comunidad de científicos sociales, descubriendo con asombro el desacuerdo endémico dentro de las ciencias sociales, tanto sobre sus conceptos como sobre sus métodos de investigación lo que le llevo a afirmar que su concepto no era aplicable para el caso de estas disciplinas (Zamitiz, 1999: 3). De igual parecer es Mattei (2001) quien afirma que Kuhn consideraba que el uso del término de paradigma en las ciencias sociales no estaba justificado, dado que no hay un consenso en las mismas, no hay una teoría dominante que haga las veces de paradigma sino escuelas. Escuelas que incluso se evitan mutuamente, a tal punto que existe una tendencia de indiferencia mutua –por lo cual no se comunican. El resultado de dicha situación es que muchas veces cada investigador sigue un sendero solitario a pesar de que estudia con sus colegas los mismos fenómenos sociales, a tal punto que uno se comunica es con los colegas de otras disciplinas “el colega invisible”.

Los autores-paradigma de la ciencia política le aportan a la politología una tradición de 25 siglos, la cual se remonta a los griegos, y que Harto de Vera (2005) considera como de la etapa de la artesanía intelectual; frente a dicha postura Puello-Socarrás (2007: 9-12) se pregunta si la filosofía política y la ciencia política son dos momentos separados o si por el contrario la filosofía política es la etapa pre-científica de la ciencia política. Para solventar dichos interrogantes sostiene que se debe indagar el contexto transhistórico desde el cual afirma que la filosofía política no es pre-científica sino también científica, lo que ilustra con varios ejemplos:

En primer lugar toma la figura de Aristoteles en la Antigua Grecia desde su obra *La Política*, en la que propone que dicho autor se inscribe dentro de la empresa científica, para tal fin tiene en cuenta los siguientes puntos: en dicha obra busca descubrir los principios políticos que rigen el orden de una comunidad humana, por ende Aristoteles pretende encontrar los principios que “gobiernan” la realidad política. Considero dicha propuesta como problemática dado que la empresa científica no procede de la antigüedad griega sino del mundo moderno en donde precisamente se inscribe el segundo autor que considera Puello-Socarrás, a saber Thomas Hobbes, quien pretendía edificar una ciencia social a

semejanza de la física, en aras a superar las disputas en torno a las cuestiones políticas, por ende su empresa era científica, tomando como referente a Newton para pasar del estudio de los objetos físicos a los de los objetos sociales, buscando así crear una geometría de lo social. En así como Cassirer (en el mito del estado, 1946: 196, citado en Puello-Socarrás, 2011: 9) afirmara que “desde el comienzo mismo de su filosofía, su gran ambición era crear una teoría del cuerpo político, igual a la teoría de los cuerpos físicos de Galileo. Igual en claridad, en método científico, en certidumbre”. Se debe enfatizar el hecho de que en la época de Hobbes no había ninguna separación entre ciencia y filosofía, por ende en el siglo XVII la filosofía era una actividad científica, había una filosofía científica y otras filosofías “no científicas”. En tercer lugar Puello-Socarras ubica a Hegel, quien era un filósofo científico que reflexionaba sobre la ciencia del estado, la ciencia política de su tiempo. De igual manera inscribe a Marx como un filósofo científico que busca una ciencia del proletariado. Finalmente presenta a Mosca, para quien el autor es el padre de la ciencia política contemporánea, en su libro “elementos de ciencia política” de 1898 abogaba por una ciencia política de carácter positivista, proponía el método de la comparación desde la historia para hallar las leyes constantes que regulan el nacimiento y la decadencia de los estados.

A pesar de estas anotaciones se debe señalar que Mosca y sus antecesores son considerados como pensadores destacados no como científicos de la political science. Son proto-científicos, epítetos que incluso los usamericanos le darían al propio Easton. En este orden de ideas la conclusión a la que llega el autor es que hay varias politologías que se pueden agrupar en torno a la ciencia de la política, dado que no hay razón para separar filosofía política y ciencia política, ambas son partes de nuestra tradición. Tal y como acontece en la academia europea y norteamericana, dado que a pesar de sus intentos por desechar a la filosofía política el conductismo nunca lo logró, lo que llevo a que ambas vertientes teóricas se incorporaran a la ciencia política. Dicha síntesis aún no se ha logrado en Colombia tal y como se constata en los planes de estudio que se imparten de la disciplina, donde se privilegia en algunos casos lo empírico o lo normativo, para tal fin retomo algunos de los aportes del Primer Encuentro de Facultades y Programas de Ciencia Política de Colombia organizado por la Asociación Colombiana de Ciencia Política, la Universidad EAFIT y la Universidad Pontificia Bolivariana entre el 8 y 9 de noviembre de 2012.

Colombia cuenta con 33 programas de Ciencia Política, de los mismos se llevó a cabo un análisis bibliométrico de 13 pregrados que colaboraron en dicha recopilación, de la cual tomare en consideración los referentes al área de teoría política.

Se ejecuto un estudio de 9 cursos de teoría política de la muestra mencionada. Los autores más referenciados en orden de su uso dentro de la disciplina fueron Bobbio, Marx, Engels, Habermas, Weber, Arendt, Kant, Bermudo, Sabine, Hobbes, Platón, Rousseau; lo que indica que en el caso colombiano la filosofía política tiene mayor desarrollo dentro de la ciencia política, lo que permite percibir la mayor acogida que tiene la teoría política normativa en nuestro país. La teoría política empirica se extrae del total de los 64 programas que se analizaron, donde se incluyen materias de introducción a la ciencia política; introducción a las políticas públicas; teoría de las relaciones internacionales;

métodos estadísticos, análisis cuantitativo; filosofía, teoría y/o pensamiento político contemporáneo, los autores más referenciado son Sartori, seguido de Dahl y Almond.

Lo anterior permite colegir que existe una tendencia favorable hacia la filosofía política por lo cual se debe incorporar dentro del estudio de la teoría política a los empíricos para permitir un área conceptual más equilibrada en la disciplina nacional, y como hipótesis de trabajo futuro se pueda deber a que los docentes encargados de impartir la teoría política son procedentes en su mayoría de la filosofía política.

BIBLIOGRAFÍA

Almond, Gabriel. (2001a), “Ciencia política: la historia de la disciplina”, en Robert, Goodins y Hans-Dieter Klingemann, ed., *Nuevo manual de ciencia política*. Tomo I, Madrid, Ediciones Istmo, pp .83-149.

Almond, Gabriel. (2001b), “Nubes, relojes y el estudio de la política”. *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, F.C.E, pp. 63-105.

Cajas, Juan (2010), *Los desviados. Cartografía urbana y criminalización de la vida cotidiana*. México: Universidad Autónoma de Querétaro, 2010.

Cansino, César (2007), “Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada”, *Temas y debates [Revista universitaria de ciencias sociales] Semestral*, Argentina, Año 11. N° 14, diciembre del 2007. Dossier “la muerte de la ciencia política”. Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, pp. 13-30.

Cansino, César (1999), *La ciencia política de fin de siglo*, Madrid, Huelga y Fierro.

Easton, David (1969a), *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu editores.

Easton, David (1969b), “Categorías para el análisis político”, en Easton, David, eds., *Enfoques sobre teoría política*, Buenos aires, Amorrortu editores, pp. 216-231.

Foucault, Michel (1990). *La vida de los hombres infames*. Madrid: Ediciones la piqueta.

Giraldo Chavarriaga, John Alexander (2007), “La polémica distinción entre ciencias sociales y ciencias naturales: la cuestión del estatuto científico, las bases metodológicas y la naturaleza del objeto de estudio”. *Cuadernos de epistemología. Reflexiones en torno a la filosofía de la ciencia y la epistemología*, Popayán, Editorial Universidad del Cauca, pp. 43-60.

Goodins, Robert y Hans-Dieter Klingemann, (2001). “Ciencia política: la disciplina”, en Robert, Goodins y Hans-Dieter Klingemann, ed.; *Nuevo manual de ciencia política*. Tomo I, Madrid, Ediciones Istmo, pp. 21-81.

- Gouldner Alwin (1970), *La crisis de la sociología occidental*. Argentina: Amorrortu eds.
- Harto de Vera, Fernando (2005), *Ciencia Política y teoría política contemporánea. Una relación problemática*, Madrid, Editorial Trotta.
- Huntington, Samuel P. (2010), *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós.
- Jefrey, Alexander (1996), “La centralidad de los clásicos”, en Guidens, Anthony y Turner, Jonathan. *La teoría social hoy*. México: editorial patria, pp. 22-80.
- Mattei, Dogan, (2001), “La ciencia política y las otras ciencias sociales”, en Robert, Goodins y Hans-Dieter Klingemann, ed., *Nuevo manual de ciencia política*, Tomo I, Madrid, Ediciones Istmo, pp. 150-197.
- Mejía Quintana, Óscar (2006), “El estatuto epistemológico de la teoría política. Problemática, reconstrucción y competencia”, en *Ciencia Política*. Universidad Nacional de Colombia, enero-junio, N° 1, pp. 30-57.
- Pasquino, Gianfranco (1988), “Naturaleza y evolución de la disciplina”. *Manual de ciencia política*, Madrid, Alianza editorial.
- Puello-Socarrás (2011), “Convencionalismo y sub-versiones epistemológicas”. *Crítica Contemporánea. Revista de Teoría Política*, Noviembre de 2011, pp. 206-234.
- Popper R. Karl (1989), *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. México, Ediciones Paidós.
- Popper, Karl (1984), *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Popper R. Karl (1980), *La lógica de la investigación científica*, Madrid, Ediciones tecno.
- Wallerstein, Immanuel Maurice (2004), *Abrir las ciencias sociales: informe de la comisión gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, FCE.
- Zamitiz Gamboa, Héctor (1999), “Origen y desarrollo de la ciencia política: temas y problemas”. *Convergencia*, septiembre-diciembre, año 6, número 20. México: Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 85-122.
- Zolo, Danilo (2007), “La “tragedia” de la ciencia política”. *Temas y debates [Revista universitaria de ciencias sociales] Semestral*. Año 11. N° 14, diciembre. Dossier “la muerte de la ciencia política”, Argentina, Universidad Nacional de Rosario. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, pp. 51-70.